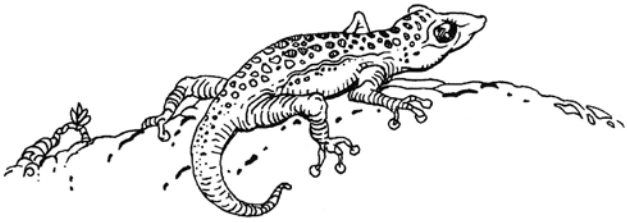
Amores y alas rotas

Helen Velando

loqueleo

A mi primo, Carlos Quintana,
quien con el faro de su música
seguirá iluminándonos.
A Inés y a mi sobrino, Teo.



1

Noche calurosa



El calor era insoportable aquella noche. Los insectos zumbaban como anunciando una tormenta que, porfiada, no llegaba nunca. Los pequeños gecos se deslizaban por los techos de junco y se escondían buscando refugio del calor y la humedad. Debajo del tul, que colgaba del techo de su cama como una carpa, Olivia miraba fijamente las ventanas abiertas de par en par rogando por un poco de aire fresco. Sin embargo, solo sentía el sopor de la noche, el calor incesante y la humedad. Ni siquiera el aleteo de los cientos de mosquitos que sobrevolaban la habitación era capaz de producir la más mínima brisa. Y el olor... el olor a vegetales putrefactos enrarecía el aire cálido volviéndolo todavía más irrespirable. Aquella ola de calor llevaba casi una semana instalada en el pueblo. En silencio sus habitantes rezaban por unas pocas gotas de lluvia que les devolvieran el aliento y, no obstante, la lluvia no llegaba.

Olivia sentía su cuerpo sudoroso, las gotas de agua corrían por su frente y su barbilla. El camisón blanco se pegaba a su cuerpo, sudaba como un animal corriendo bajo el sol del mediodía. Su pelo largo y cobrizo, desparramado en la almohada, estaba empapado, y podía respirar el aroma a humedad que despedía su piel; era imposible dormir. En medio de la oscuridad la casa de bambú y techumbre de juncos parecía soportar silente aquella calurosa noche en el pantano. De improviso, algo llamó la atención de Olivia: por la puerta de su habitación que daba al balcón, vio una luz que brilló en forma intermitente. La joven se incorporó y quedó sentada contemplando la oscuridad, de pronto la luz volvió a encenderse y a brillar varias veces. En un impulso, levantó el tul que la protegía de los insectos y se levantó en la oscuridad, estiró la mano hasta alcanzar unas ramas de citronela que había dejado en su mesa de noche y se las frotó por el cuerpo mojado para evitar las picaduras de las moscas y los demás insectos, aunque su efecto fuese poco eficaz y solo los ahuyentara por breves momentos. Caminó hasta el balcón y se apoyó en el barandal de bambú entrecruzado. Entonces pudo verlas, cientos de ellas volaban por el aire tórrido y húmedo de la noche iluminando las pestilentes aguas del pantano: habían llegado las luciérnagas.

Las aguas oscuras repletas de camalotes y nenúfares sin flor parecían tener puntos brillantes que se encendían y se extinguían, para luego reaparecer en otro lugar como si fuera magia. Por unos momentos, el camisón

pegado por el sudor y su cabello empapado dejaron de importarle, ante la magnífica danza de las luciérnagas. Las bromelias, las enormes hojas de esqueleto de caballo, los árboles de troncos retorcidos y ramas con hojas largas como espadas que se metían en el agua del pantano parecían no enterarse del milagro que estaba sucediendo. Ni siquiera los frondosos helechos que crecían junto con los hongos mohosos y verdes, o las enredaderas que trepaban por los troncos de bambú se inmutaban frente a tamaña belleza. Entonces Olivia, a pesar de que el aire solo traía aroma a vegetales podridos y humedad, contempló ese paraíso oscuro lleno de luces brillantes voladoras, respiró profundamente, cerró los enormes ojos castaños e hizo algo que mantenía desde niña en el más absoluto secreto: sonrió.

2

Amanecer tormentoso

Apenas despuntó el sol en las lejanas montañas del páramo, Olivia abrió los ojos. Se había dormido luego de ver la danza de las luciérnagas y todavía al recordarlas su corazón sentía una tibieza que le hizo volver las ganas de sonreír. Se levantó, tomó un vestido y bajó la pequeña escalera de madera. Fue hasta el baño, se quitó el camisón y se tiró agua en todo el cuerpo lleno de picaduras. El agua se llevó el sudor. Le colocó unas gotas de aceite de lavanda al último enjuague para quitarse el aroma a humedad del cabello. Luego dejó la jarra junto al barril y se secó con una toalla. Se vistió con un sencillo vestido de lino, se peinó y se contempló en el diminuto y único espejo de la casa que tenía el azogue saltado por los años, sus ojos estaban todavía muy brillantes. Eso la preocupó, así que se pellizcó con fuerza el brazo hasta que sintió dolor. Entonces se contempló nuevamente y sus ojos habían recobrado algo de la tristeza de siempre.

–Así está mejor –se dijo en voz baja.

Supuso que en el cuarto contiguo sus hermanas todavía dormían y también sus padres en la habitación de al

lado. Salió hacia la cocina a preparar el desayuno cuando le pareció ver desde las amplias puertas abiertas que daban al frente, el cabello canoso de su padre. Caminó despacio y allí estaba, sentado en su mecedora de bambú, contemplando las aguas oscuras y verdes por los camalotes que invadieron el pantano hace tantos años.

–Buenos días, padre –musitó.

El hombre de cabello y barba canosa siguió mirando el horizonte con la misma melancolía de siempre. Sus ojos, oscuros y profundos como un abismo, estaban tan llenos de tristeza que se volvían insondables. Apenas respondió:

–Buenos días, hija.

Olivia había sentido muchas veces deseos de compartir con su padre aquel secreto; sin embargo, cuando lo contemplaba se le estrujaba el corazón y pensaba que quizás revelarle su secreto podría volverlo todavía más acongojado. Por eso había callado y lo seguiría haciendo, aunque era una carga difícil de soportar.

En aquel pueblo nadie sonreía ni se reía. Solo lo hacían los niños desde su nacimiento hasta los 3 años, edad en la que empezaban a perder poco a poco esa facultad, y ya a los 5 años, la tristeza del pantano, al igual que la de sus mayores, se les impregnaba en el alma y no volvían a sonreír jamás.

–Hoy será otro día caluroso –comentó Olivia tratando de pensar en otra cosa.

Su padre elevó la mano y señaló hacia las distantes cumbres del páramo.

–Allá a lo lejos se ven unas nubes negras que quizás traigan las lluvias.

–Sería un alivio –afirmó Olivia.

La larga sequía estaba siendo un problema cada día más serio para el pueblo. Las aguas del pantano habían comenzado a evaporarse y descender, por eso la pesca era cada vez más escasa y nadie sabía hasta cuándo podrían subsistir si aquella situación no cambiaba.

–¿Quieres desayunar? –preguntó la hija.

–Sí, hagámoslo aquí mientras tus hermanas y tu madre aún duermen.

Olivia trajo un plato con anguilas encurtidas y dos tazas de té de morandillas. Se sentó en el piso de madera tosca con las piernas cruzadas, y ambos, bajo el alero de paja, comenzaron a desayunar mientras el pueblo del pantano ya se ponía en movimiento. El sol anaranjado y tormentoso iluminaba las riberas del inmenso pantano. Los pobladores salían hacia sus márgenes lodosas y de arenas negras. En las orillas cada familia buscaba un lugar desde donde arrojar sus líneas. Las partes más altas, con barrancos de arcilla, eran algunos de los sitios preferidos por los pescadores, allí estaban las anguilas más grandes; no obstante, a otros les daba lo mismo pescar ejemplares más pequeños y elegían cualquier punto. Con varas de bambú corrían un poco la vegetación y dejaban a la vista las aguas oscuras y pestilentes. Luego arrojaban sus



líneas y se sentaban a esperar que picaran. Al llegar el mediodía, volvían con una magra pesca y destripaban en largas tablas las anguilas. Una parte de ellas eran secadas al sol luego de salarlas en largos tendederos de cañas. Otras eran ahumadas en pequeños cobertizos colgando de varas. El humo y el aroma a anguilas eran parte del paisaje del pantano. También algunos las preparaban encurtidas, otros las guisaban, las freían o incluso las comían hervidas con sal y vinagre.

El sol estaba subiendo rápidamente y el calor sofocante provocaba que se elevara una niebla sobre el pantano. Cientos de moscas sobrevolaban los nenúfares y enjambres de mosquitos pululaban sobre sus aguas.

El padre se levantó del sillón y fue en busca de su mujer. Ya era tiempo de salir a pescar.

Olivia recogió los platos y las tazas del desayuno y los lavó en la cocina dentro de un recipiente de hojalata mientras oía las voces de sus hermanas en el cuarto. Se avecinaba otro día más de pesca de la familia Lagrimales.

–Hoy tendríamos que ir hasta el almacén –avisó Olivia desde la diminuta cocina al comprobar que faltaban varios artículos en la despensa.

Su madre se acercó y abrió la puerta del único armario. Luego fue hasta un tarro en donde guardaban el dinero y comprobó que no había mucho, apenas un par de billetes y unas cuantas monedas.

–¿Por la tarde podrías encargarte de ir hasta allí?

–Por supuesto, madre –y sacando tres platos del estante le preguntó-: ¿Van a desayunar?

–Sí, gracias, hija. Tus hermanas ya vienen. Nos hemos retrasado –y mirando por el amplio ventanal de la cocina que tenía un techo de paja sostenido por dos palos, pronosticó–: creo que se avecina una tormenta. Será mejor darnos prisa.